

Poemas inéditos

Jaime García Terrés

LECCIONES DE LAS COSAS

“Hablemos”, dijo el maestro, “de los pájaros”.
Era una tarde llorosa. Recuerdo
los relámpagos que la cruzaban,
y cómo el agua
detrás de los cristales mantenía
fascinados nuestros ojos.
“Hagamos un resumen de sus hábitos.
Y consultemos luego
las estampas del libro.”

Pero habían

huído, no sé por qué, mis escasos
deseos de aprender lecciones tan menudas.
Tal vez fuese una simple
fatiga. O tal vez nada.
O el mortecino ritmo de la lluvia.
No lo sé. Como quiera,
la voz ajena se perdía
en la breve distancia, lentamente
desdibujando el rostro
del cual brotaba sin cesar. Recuerdo.
Recuerdo aquellas manchas amarillas
sobre el muro. Y una mano
moviéndose en el aire,

como un viajero que recorre
tranquilo su camino rutinario...

“Hablemos”, dijo
en seguida el maestro, “de los peces”.
Y la oscura pizarra
se pobló de largas clasificaciones...
Yo pensaba entonces en la enorme
tristeza que anegaba mi cuerpo;
en mi joven amor —naturalmente,
desdichado. Imaginaba
aventuras, percances insensatos.
O quizá, ya, tan sólo consumía
diminutas memorias.
Los pájaros, los peces... Todo aquello
resultaba, ese día, una parda
mentira sin sentido.

“Hablemos...”
dijo finalmente el maestro.
Pero el signo rotundo, familiar,
de la campana
concluyó su discurso. Y uno a uno
abandonamos el recinto,
dejando atrás los peces, y los pájaros,
y el eco de una frase interrumpida.

Ah, cien preguntas
me acompañaron esa tarde
bajo las nubes húmedas.
Y por espacio de muchas
semanas y semanas
estuve sospechando que el tañido imprevisto
había malogrado una posible
revelación de cosas importantes:
los diversos motivos
por los que muere un hombre,
las ocultas razones de la necia esperanza,
o el profundo secreto del olvido.

AMOR, EL ANIMOSO HERMANO

AMOR, el animoso hermano
menor de las virtudes, al nacer ha trocado
mi corazón en una madre;
que así pasa la noche calculando
los años de sus hijos, y pregunta
si los poderes que gobiernan la vida del más tierno
son redentores o maléficos; si las estrellas que rigieron
su nacimiento auguran vida al amor, o muerte.
Ah, corazón, ¿en dónde buscas?
¿Son aquéllos los hados que presiden tus días?
Sabes bien que hay un rostro, en cada una
de cuyas mágicas miradas la belleza
abre las páginas del Libro del Destino
que la fortuna del amor inscriben.

Ah, corazón, ella y sus ojos
te enseñaran mayor astrología.
Encima del dictado de las horas natales,
sobre los signos y las conjunciones,
en la misericordia de sus ojos está ya señalado
si el pobre amor aguarda vida o muerte.
Si esos agudos rayos, revistiendo
mortales filos, del amor urgiesen la partida
(aún cuando los cielos acordaren
entronizar un sino diferente;
aún cuando los astros más propicios, en cruce
con la más generosa de las constelaciones,
hubiesen bendecido el natalicio,
y rogado a la tierra solidaria

que alfombrase la ruta del nacido,
de cuantos bienes confortaren esta sangre joven),
al más leve desdén de la belleza,
el amor hallará definitiva muerte.
Pero si en ella prevalecen los influjos piadosos,
y dora del amor humilde la esperanza:
(aunque desfavorables ennegrezcan
las miradas celestes, la cuna del amor;
pese a que todos los diamantes
en la corona del soberbio Júpiter
determinen agobios a su frente,)
podían los ojos de ella rescatarlo;
sonríe la belleza y el amor sobrevive.
Ay, si el amor perdura, ¿dónde, si en ella no,
si no en sus ojos, sus oídos, en su pecho, si no
en el aliento tuyo, esconderé al amor de la temible muerte?
Pues en la vida que le dieran otros sitios,
perecerá el amor con estar vivo.
O si el amor perece, ¿dónde, si en ella no,
sino en sus ojos, sus oídos, en su pecho, sino
en el aliento suyo, dispondré los funerales?
En tumba semejante recluso
el amor vivirá, con estar muerto.

I

Súbita,
sin follaje
ni cálculo primero,
disparándose solo como una
lacónica verdad o un presentimiento,
esta página dice nada más,
y apenas si lo murmura,
que Cárdenas ha muerto,
que se nos ha perdido
el origen carnal de su proeza.
Ya duele despoblado
el corazón vecino que rigió
a millones de hombres y continuó sabiendo
prender en sus amigos incontables
la clara lumbre de la simpatía.

II

Hoy,
en su casa, quieto,
rodeado
por anónimos fieles,
contemplé su vacío con la propia retina
que lo vio saludar en aquel tiempo
batallador al pueblo congregado,
sí, con los mismos ojos
que miraban los suyos al escucharlo lleno
de vitales recuerdos,
hoy historia, palabra

desencarnada, patrimonio
común para los niños que nacerán mañana
y que nunca verán esa mirada.
Aquí doy mi tributo,
una chispa siquiera de dolor personal.
Vuela su nombre,
su cuerpo ya no es,
su leyenda será por muchos siglos
y sus hechos están sobre mi valle,
unos trocados en robustos árboles,
otros dispuestos
a ser desparramados por el aire
frutal de nuestro Continente.

Las letras lo declaran,
estas letras metidas
en la gris pesadumbre del momento:
Que Cárdenas murió su frágil muerte,
legándonos a todos
el amor del combate por la vida.